

RECUERDOS DE JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO Y OSMA

José A. de la Puente Candamo
Instituto Riva-Agüero - PUCP

En esta comunicación deseo ofrecer mi testimonio personal sobre Riva-Agüero, su persona y su magisterio, a partir del trato que con él tuve en el curso del primer lustro de la década de 1940.

Riva-Agüero era un maestro con fama muy clara de erudición, conocimiento profundo de la historia y firmeza doctrinaria. Su "Profesión de Fe" discurso pronunciado en 1932 durante la reunión de exalumnos del Colegio de la Recoleta, su renuncia a la jefatura del Gabinete y al Ministerio de Educación, con motivo de la promulgación de la ley del divorcio en 1934, y su destacada participación en el primer Congreso Eucarístico Nacional, en 1935, confirmaron la presencia de Riva-Agüero no sólo en los medios eruditos, sino en el ambiente general del país, en el cual ya era protagonista por su calidad intelectual y su carisma directivo.

En los últimos años de su vida concurría constantemente al domicilio central de la Universidad Católica, en la plazuela de la Recoleta. Estaba muy fresco el recuerdo del curso sobre civilización tradicional peruana que dictó en 1936 y era representante del Arzobispo de Lima en el Consejo Universitario, que en esa época se denominaba Consejo Superior.

De estatura mediana, con una frente muy despejada que se unía a la calvicie notoria, vestía a menudo -como era frecuente en los años cuarenta- con ropa oscura, cuello duro y sombrero, todo lo cual le confería un aspecto solemne ante los estudiantes de esos años.

Los alumnos de la Universidad acudíamos a visitarlo en su departamento del Hotel Bolívar, donde vivía desde que ocurrió el terremoto del 24 de mayo de 1940, el cual dejó muy maltratadas sus casas de la calle de Lártiga y Chorrillos. En las frecuentes tertulias generalmente al mediodía o por la noche, gozábamos de verdad y aprendíamos al escuchar sus reflexiones sobre la vida del Perú, su historia y la visión del porvenir. Descubrimos a un hombre fundamentalmente serio, a un gran lector, a un erudito que no se alejaba de las grandes cuestiones

generales, a un hombre con una personalidad recia y valiente y con un dominio impresionante de los medios de expresión.

Se puede reconocer en Riva-Agüero el hecho de que la vocación intelectual estuvo en el centro de su vida, unida a un sentido religioso y ético, y a una clara vocación de servicio que encontró, en la política una manifestación cabal. Cuando en la década de 1930 recuperó la fe que había perdido en su juventud, se advirtió clarísimamente en Riva-Agüero una extrema delicadeza en la vivencia de lo religioso y en la pública demostración de sus creencias.

Con Garcilaso, Unanue y Herrera, hombres a quienes tuvo afecto verdadero y a quienes estudió, Riva-Agüero fue como la gente del *Mercurio Peruano* un encendido "amante del país". Pero su cariño a él no se limitaba al estudio y la contemplación de su historia y su cultura, sino que se acercaba a una clara voluntad de servicio, que es la explicación genuina de su participación en la vida pública peruana.

Sus clases y conferencias eran deslumbrantes por los conocimientos que transmitía y por su fuerza expresiva. En algunas oportunidades, ingresaba con tanta decisión y seguridad al desarrollo de un tema, que olvidaba el tiempo, y prolongaba sin preocupación alguna su exposición.

En el *Elogio al Inca Garcilaso*, en *Paisajes Peruanos* y en otros múltiples textos, insistió siempre en la doble raíz de la identidad nacional: lo incaico y lo español; lo andino y lo europeo. Admirador de España y amante del Cuzco, no aceptaba mutilación alguna de los elementos constitutivos del Perú, ni enfrentamientos entre los factores que integran su raíz. Al escuchar su visión del país y percibir su íntimo sentido nacionalista, los muchachos de esos días fortalecimos nuestro cariño por la historia del Perú y enriquecimos nuestro afecto a todo lo peruano.

Tal vez el recuerdo más viejo que conservo de Riva-Agüero es de 1935, cuando yo tenía 13 años, y acudí con mi padre a la ceremonia de entrega de las obras de restauración de la capilla donde se guardan los restos de Nicolás de Rivera, "El viejo", primer Alcalde de Lima, en la catedral. No olvido la numerosa concurrencia, la solemnidad de la ceremonia y el erudito discurso de Riva-Agüero que es un largo aporte al conocimiento de capítulos importantes de la genealogía en el Perú.

Años más tarde, en los patios de la plazuela de la Recoleta, los alumnos de la Universidad lo veíamos con frecuencia cuando llegaba a alguna ceremonia o a las sesiones del Consejo Superior.

No olvido, por su contenido y solemnidad, la sesión pública de la Academia Peruana de la Lengua, que se realizó en el Teatro Segura el 26 de junio de 1941, en conmemoración del IV Centenario de la muerte de Pizarro.

Riva-Agüero presidía la Academia, y lo acompañaban, en el estrado -todos vestidos de frac- Manuel Vicente Villarán, Oscar Miró Quesada, Juan Bautista de Lavalle, Victor Andrés Belaunde, Jorge Basadre y Honorio Delgado, entre otros. Pronunció un vibrante discurso Raúl Porras Barrenechea, quien se incorporaba ese día a la Academia y, de acuerdo con el ritual, José de la Riva-Agüero pronunció el discurso de respuesta. Ambos textos desarrollan un examen erudito de la vida de Pizarro, y subrayan su presencia esencial en la vida del Perú.

Dicha ceremonia, con el teatro colmado de público, con la concurrencia del Presidente de la República y de las principales autoridades nacionales, encerró para los estudiantes de esos años una múltiple y riquísima lección. El respeto a las formas, la solemnidad con un profundo contenido, la solidez y la belleza literaria de los discursos, todo el contexto, permitió que llegara a la opinión pública del país el criterio de los intelectuales.

Recuerdo a Riva-Agüero, igualmente, el mismo año de 1941 en la ceremonia de incorporación del Padre Vargas Ugarte a la Academia de la Lengua, quien pronunció un erudito y bello discurso sobre "La elocuencia sagrada en el Perú en los siglos XVII y XVIII". No olvido, del mismo modo, la incorporación a fines de 1942, de José Jimenez Borja a la citada Academia, con un estudio sobre San Juan de la Cruz, y recuerdo también una conferencia de Riva-Agüero -en el curso del mismo año- sobre "Los estudios históricos y su valor formativo", dictada en el paraninfo del Colegio de la Inmaculada, en la Colmena, y que nos estimuló de verdad a los estudiantes de Historia.

En nuestra juventud, en los actos mencionados y en otros, vimos a Riva-Agüero en un ejercicio natural del dominio de los temas y de señorío en el uso del lenguaje. Su magisterio se presentaba amplio y seguro.

Durante esos años, la vinculación de Riva-Agüero con la Universidad Católica era cada día era mayor y más profunda; se sentía identificado con sus ideales. En octubre de 1942, cuando la Universidad Católica celebró los 25 años de su fundación, y obtuvo la categoría y título de Pontificia, Riva-Agüero pronunció el discurso de ofrecimiento en un almuerzo multitudinario que se realizó en el Hotel Bolívar, en homenaje al Reverendo Padre Jorge Dintilhac S.S.CC., fundador y Rector de la Universidad. Tengo muy vivo y presente este acto, en el cual

participamos estudiantes al lado de los maestros más importantes del país. Riva-Agüero, que no disimulaba su entusiasmo y su afecto subrayó el valor de la obra del Padre Jorge apoyada en la fe y en su voluntad de servicio a la Iglesia y al Perú.

En 1944, poco antes de su muerte, tuvo Riva-Agüero oportunidad de participar una vez más en la vida de nuestra Universidad. Fue en un homenaje a Victor Andrés Belaunde, en desagravio por la conducta que contra él mostraron algunos estudiantes en una conferencia que dictó en la Universidad de San Marcos, hablando en nombre del Claustro. En el "Aula Magna" de nuestro modesto y queridísimo local de la Recoleta -que era la unión sencilla de tres aulas- Riva-Agüero habló con un tono distinto del que le conocíamos en los discursos eruditos. Fluido, con emoción, con brío, subrayó la posición intelectual de Belaunde, identificada con la Universidad Católica y recordó con énfasis cómo se debía mantener la unidad en la afirmación de nuestra cultura cristiana y de la esencia de la nacionalidad.

Pero el magisterio de Riva-Agüero que vivimos en nuestra juventud no se limitó a la tertulia o a la exposición académica; en múltiples circunstancias, a través de cartas, comunicados, reportajes, expresaba su punto de vista frente a cuestiones de interés nacional o local. Tengo muy presente su oposición, por razones históricas y estéticas, a la apertura de la avenida Abancay, que rompió nuestro esquema urbano, destruyó el convento de Santa Teresa y mutiló los de la Concepción y San Francisco, como fruto de una visión falsa del progreso y de un olvido de la historia creadora del alma de la ciudad. Hay que recordar que en los años 30 y 40 eran muy pocos los defensores de la historia y la tradición de Lima; con el argumento de un falso desarrollo material, perdimos templos, claustros, antiguos colegios virreinales, casas valiosas. Riva-Agüero fue un fervoroso amante y defensor de Lima.

Otros temas convocaron a Riva-Agüero en los años finales de su vida. Por un lado, la defensa de los "nacionales" en la guerra civil española y su enfrentamiento al comunismo, y desde otro ángulo, el cariño renovado al Colegio de la Recoleta, donde se formó y a la obra de los padres de los Sagrados Corazones. Ambos temas acompañaron sus preocupaciones intelectuales y sus nostalgias.

Recuerdo claramente el interesante reportaje a Riva-Agüero que realizó Alfonso Tealdo, y que fue publicado en la revista *Turismo*. El encabezamiento dice muchísimo del contenido y de la persona : "*Una extraordinaria cultura en un espíritu valiente*" Es una buena síntesis de la personalidad del hombre que

estudiamos. Los universitarios de los años 40 vimos en él al hombre inteligente. Pero nos subyugaba no sólo la prestancia intelectual, sino que también ganaba nuestro espíritu la fuerza de su comportamiento y de su raciocinio, y adquiría una función ejemplar su integridad moral, su franqueza, su esfuerzo porque su vida reflejara las ideas que públicamente defendía.

De otro lado, era para nosotros una lección permanente la fuerza y la delicadeza con las que afirmaba su fe religiosa, sin temores, ni alardes. Su regreso a la vida de la Iglesia es un capítulo importante en el "renacimiento católico" del país, que se podría ubicar en la década de 1930.

Entre los profesores de esos años, no muy distante de la edad de sus alumnos, Pedro Benvenuto Murrieta, maestro y amigo de mi generación, fue el más cercano discípulo de Riva-Agüero, y quien se identificó con mayor énfasis con sus proyectos e ideales; Guillermo Lohmann Villena y Jorge Zevallos Quiñones, fueron también discípulos suyos muy cercanos que Riva-Agüero distinguió de modo reiterado. □